

llaga se le había cicatrizado, sin dejarle más que una latente pesadez.

Túvose por curado.

Poco á poco volvióle su actividad. Corriendo y saltando por las rocas, desentumeció sus miembros que se habían puesto rígidos tras de tan prolongada postración. Todos sus pensamientos de otro tiempo se despertaron uno por uno. Escribió á Jorge, inquietándose por lo que en París acaecía; mas no se atrevió á dejar todavía el mar, que por tan feliz manera le había protegido contra la desesperación.

La savia de la nueva vida que circulaba en su organismo, le atormentaba, por no saber qué empleo dar á su juvenil ardor. Habría querido comenzar de nuevo la lucha, sufrir, volver á amar y á derramar lágrimas. Ahora, que la fiebre ya no entorpecía sus sentidos, indignábase por su ociosidad; pedía con ardor la vuelta á la vida, á costa de ser de nuevo vencido.

Una mañana, al despertarse, oyó entre sueños, una voz que ya había oído, una voz moribunda, dulce y lejana, que le decía: «Si se casa con un hombre indigno, todavía tendrá usted que luchar y defenderla; la soledad es pesada para una mujer y le es necesaria mucha energía si no quiere caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted...»

Al siguiente día, Daniel partió para París. Iba á dar cima á su misión. Sentíase con valor invencible, con esperanza sin término.

XII

Al llegar á París, Daniel fué á parar á casa de Jorge.

—¡Eres tú!—exclamó su amigo, que no esperaba verle allí.

Y le recibió como al hijo pródigo, con su bondad de siempre y con inmensa alegría.

No se atrevía á hacerle preguntas, temeroso de que le hablara de una nueva y próxima partida, Daniel le tranquilizó, asegurándole que venía de nuevo á trabajar en la obra común. Su dulce y tranquila vida de tiempos pasados se iba á reanudar.

Durante el viaje había pensado Daniel en la conducta que habría de seguir. Por cálculo, se había determinado á proseguir sus trabajos interrumpidos, á intentar nuevamente adquirir gloria. Juana, hoy lo propio que ayer, constituía el blanco de sus aspiraciones. Cuando había sido preciso, hábale sacrificado la ciencia, el brillante porvenir que ante él se abría; hábase hecho humilde, tan sólo por vivir junto á ella. Hoy, la situación cambiaba; no

debía de ser ya un simple empleado, debía de subir, hacerse célebre, forzar las puertas del mundo. Y ansiaba lanzarse de nuevo al trabajo, apresurar la hora en que podría volverla á encontrar.

Jorge y él reanudaron la tarea con ardor. Dirigieron varias memorias al Instituto, que fijaron sobre ellos la atención del mundo sabio.

Daniel consintió entonces en poner su firma; los nombres de ambos amigos iban siempre juntos, unidos en la misma celebridad. La gran obra en que trabajaban desde su estancia en el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, quedó por último concluída y publicada. Causó vivísima sensación; y, cosa rara tratándose de una obra científica, la resonancia penetró hasta en los salones. Daniel, que muy especialmente se había encargado de la redacción, puso en ella toda su alma.

Ambos jóvenes autores habían adquirido celebridad y se vieron acogidos por do quiera con toda solicitud. Jorge, que alcanzaba el fin de sus ensueños, vivía en plácida serenidad. Daniel, por el contrario, parecía dar cumplimiento á conciencia, á una tarea cuya consecución le dejaba frío.

Un día Jorge le llevó á un sarao que daba un importante personaje. Daniel le acompañó, impulsado por un presentimiento.

La primera persona á quien vió al entrar en el salón, fué á Juana, del brazo de Lorin. Apenas la había visto como de paso una ó dos veces, desde su regreso á París, y no pudo por menos de inquietarse ante su aspecto de tristeza. Ya no se reía

con sus ligeros desdenes de jovencita; la sonrisa de sus labios resultaba pálida y las lágrimas habían entorpecido sus párpados.

Lorin vió á sus antiguos amigos y se acercó vivamente á ellos. Sentíase satisfechísimo al poder estrecharles las manos en plena multitud.

—¡Con que al fin doy con vosotros!—gritó para poder ser oído.—Un mes hace que ando en busca vuestra. Tengo que reñiros porque desdeñáis así á vuestro antiguo compañero.

Jorge le miró á la cara, sin saber si habría de tomarlo á broma ó incomodarse. Daniel que contemplaba á Juana, se apresuró á contestar:

—Nos encontramos sumamente ocupados, y á más temíamos servir á ustedes de estorbo.

—¡Bah!—repuso Lorin con energía;—muy bien sabéis que mi casa es la vuestra. No acepto la menor excusa y les espero á ustedes á la primera ocasión... ¿Saben ustedes que son un par de mozos de quienes se habla mucho? Deben ustedes de ganar cantidades fabulosas.

Luego, acordándose de que llevaba á su mujer del brazo:

—Querida esposa,—agregó,—te presento á los señores Daniel Rimbault y Jorge Raymond, nuestros jóvenes é ilustres sabios.

Juana se inclinó ligeramente, y, mirando á Daniel:

—Yo conocía ya á este caballero,—dijo ella.

—¡Pardiez! se me había olvidado,—exclamó Lorin, riendo estrepitosamente;—bastante te paseó en

el Sena... ¡Ah, querido Daniel, qué bien ha hecho usted en adquirir celebridad! Le compadecía de todo corazón cuando era usted secretario de Tellier. Ya sabe usted que ha fallecido no hace mucho: unos lo atribuyen á una apoplejía y otros á un discurso que se le había puesto de punta. Ayer me dijeron que su mujer iba á retirarse á un convento. Estas reinas de la moda concluyen siempre así.

Juana sufría: la voz chillona de su marido le producía malestar. Temblábanle los labios, y medio volvía la cabeza, como para esquivar la molestia de llevar semejante hombre del brazo.

Ya no era Lorin el joven galante que desempeñaba con gracia el papel de enamorado. Poco á poco, fué volviendo á la satisfacción de sus instintos, á una especie de brutalidad mercantil. Tan luego como se vió casado, ya no volvió á sentir la necesidad de ser agradable.

Daniel hasta llegó á notar que las piezas de ropa de Lorin perdían su elegancia de otros tiempos, y que hablaba con voz ligeramente enronquecida. Tuvo lástima de Juana.

—¡Bueno!, cuenten ustedes con nosotros,—dijo; —iremos á verles lo antes posible.

Y se alejó, llevándose consigo á Jorge, quien no había pronunciado una palabra, habiéndose abstraído mirando á Juana con simpática admiración. Después de dar unos pasos:

—Por lo que se ve, conoces á la mujer de Lorin,—dijo Jorge.

—Sí,—contestó sencillamente Daniel;—es la sobrina del diputado en cuya casa trabajé.

—La compadezco de todo corazón, pues el belitre de su marido no debe de hacerla muy feliz, que digamos... ¿Estás en ir á verlos?

—Sin duda alguna.

—Te acompañaré... Esa pobre criatura, con sus grandes ojos de tristeza, me ha producido una emoción extraña.

Daniel se puso á hablar de otra cosa. También él se sentía muy conmovido; veía con amargo placer que la desgracia había dado principio, sin duda, á lo que su cariño no había podido conseguir. Bien se le alcanzaba que el corazón de Juana habíase, por fin, despertado, y que ahora le tocaba llorar.

Durante casi una semana, Jorge le estuvo preguntando todas las noches:

—¡Y bien! ¿será mañana cuando iremos á casa de Lorin.

Daniel no se atrevía; parecíale que la fiebre iba de nuevo á apoderarse de él. Desde la velada en que había vuelto á verla, Juana se encontraba siempre ante sus ojos llena de melancolía y mirándole con sonrisa triste. Y su pobre corazón latía incesantemente y le asaltaban esperanzas locas.

Determinóse por fin. Una noche, Jorge y él hicieron la prometida visita. Acudieron justamente en día de recepción. El salón, cuando llegaron, estaba ya lleno de gente, y Lorin les presentó á sus invitados, como si fuesen animales raros.

La noche fué terrible para Daniel. Todo lo vió, lo comprendió todo.

Encontró á Juana inquieta, febril. No era ya la joven indiferente que reinaba cual soberana, en la ignorancia del mundo; era una mujer dolorida, cuyo corazón acababa de abrirse para derramar sangre. Mientras que sus afecciones habían dormitado en ella, había permanecido siendo una muñeca coqueta, que vivía tranquila en su frialdad burlona. Mas ahora su corazón hablaba en voz alta; quería amar y no hallaba á nadie; rebelábase y se acusaba amargamente de haber dormido demasiado tiempo.

El despertar había sido cruel para Juana. Dos ó tres meses después de su matrimonio, encontró en sí un alma cuya existencia ignoraba. Su marido, con sus instintos rastrosos, su carácter siniestro y perverso, prodújole una repulsión que de repente le abrió los ojos. Al comprender lo que era aquel hombre, tuvo un arranque de arrogancia. Su madre habló dentro de ella; agigantóse su sér interior, dominó y arrojó al sér exterior que sólo las circunstancias habían creado. El velo quedó desgarrado.

Entonces se vió en manos de Lorin, ligada para toda la vida. Experimentó temores y arrebatos de cólera. Ella era la que había querido aquella desesperación, suyo era el corazón ligero que había preparado sus propios padecimientos. Y el horizonte veíase cerrado delante de ella; ahora que sentía la imperiosa necesidad de amar, ahora no podía querer, puesto que despreciaba al único hombre al cual le hubiese sido permitido consagrar su ter-

nura. Al pensar así, una gran postración se apoderó de ella, sollozó y desesperó de poder ya ser dichosa.

Vino después la falta de valor. Nunca se sentiría con la suficiente fuerza para vivir así, se decía. La soledad le causó espanto. Entablóse entonces una lucha en su interior. Sus deberes de esposa hablaban muy alto, sus altiveces se rebelaban, cuando su corazón gemía de angustia y la constreñía hacia el amor de otro hombre que no era su marido.

Había días en que llegaba á probarse que, así como así, el amor es libre y que las leyes humanas no podían devolverla á sus ignorantes desdenes de niña. Mas, al siguiente día, el deber alzaba su voz potente, retrocedía ante la falta y aceptaba su martirio como castigo de su ceguera.

La lucha duró por espacio de cerca de seis meses. Sentíase por completo llagada. Con todas sus rebeldías, cada mañana daba un paso más hacia el abismo. Se encaramaba y volvía á echarse atrás; pero la cabeza se le desvanecía, y, paso á paso, el vértigo del corazón se apoderaba de ella y la arrasaba. Iba á caer, cuando Daniel apareció de nuevo en su existencia.

El joven, al ver los encendidos ojos de Juana, adivinó en parte sus tormentos. Veía á Lorin, que se volvía cada vez más estólido y más obeso. Momentos hubo en que le ocurrió la idea de desafiarlo y quitarle la vida, para que su mujer se desembarazase de él. Meditólo con cordura y comprendió con espanto que el amor le volvía á asediar.

Sus miradas no se apartaban de Juana en toda la noche. Saboreaba una indecible voluptuosidad al presenciar cada uno de sus movimientos; gozaba con su voz, con sus ademanes; y se ensimismaba peligrosamente en aquella contemplación.

Se percató de que Juana volvía á cada instante los ojos hacia la puerta. Sin duda esperaba á alguien y sintió como si una quemadura le atravesase el pecho. Con seguridad Juana se hallaba en estado febril; se estremecía y parecía luchar por la vez postrera. Entonces Daniel se acercó y le habló de Mesnil-Rouge.

—¿Se acuerda usted,—le dijo,—de aquellas pálidas y hermosas tardes? ¡Qué fresco hacía bajo los árboles y qué gran silencio se desprendía del cielo!

Juana se sonreía al evocar aquellos recuerdos de paz.

—He vuelto al Mesnil-Rouge,—contestó,—y he pensado en usted. No he tenido á nadie que me acompañara en las islas.

Bruscamente miró á la puerta del salón, Daniel sintió que la quemadura nuevamente le abrasaba el pecho; volvióse á su vez y vió en el umbral un joven alto que sonreía y que paseaba una excuñadora mirada por el salón.

Aquel joven vió á Lorin y fué á estrecharle la mano, demostrándole una cordialidad exagerada. Estuvo bromeando un instante y luego se dirigió hacia Juana. La joven se estremecía.

Daniel retrocedió y examinó al recién llegado. Juzgóle con un solo golpe de vista. Era un de

Rionne, que aun no había bajado la pendiente, Juana debía de dejarse sorprender sin duda ante la elegancia y la palabra brillante de aquel hombre.

Cambiaron algunas palabras de cortesía. La joven aparecía inquieta, ansiosa, como si hubiese esperimentado, impaciente, una frase que él no decía.

Daniel, sin pensar en que habría debido de alejarse, permaneció allí, receloso. El también esperaba, fijando en ella miradas de desesperación.

El joven no prestaba atención alguna á aquella persona extraña, de cuya contenida cólera ni siquiera se percataba. Inclínose vivamente en medio de una frase insustancial, y en voz más queda:

—¿Me permitirá usted, señora,—le dijo,—que venga mañana?

Juana, en extremo pálida, iba á contestar, cuando al levantar los ojos, vió delante de ella á Daniel, con su rostro severo y trastornado. Notábase en sus labios un ligero temblor; retrocedió, vaciló un segundo y luego se retiró sin hablar. El joven giró sobre sus talones, y murmuró entre dientes:

—¡Vamos! el fruto no está todavía maduro; será preciso esperar.

Daniel lo había oído y comprendido todo. Un frío sudor helaba sus sienes. Hallábase como el hombre que acaba de escapar de un peligro y que vuelve á respirar, mirando en torno suyo si el peligro pasó por completo.

Se ahogaba y necesitaba respirar libremente. No pudiendo reflexionar en el sofocante ambiente de aquel salón, buscó á Jorge y se lo llevó á la calle.

Jorge se dejó llevar de bastante mala gana. Encontrábase bien en aquella casa, en donde volvía á hallar á aquella joven triste que le había conmovido. Si Lorin no hubiese estado presente para dar al traste con la agitación de su espíritu, de buen grado se hubiera quedado absorto en la contemplación de Juana.

—¿Por qué diablos huyes de esta manera?—preguntó en la calle á su amigo.

—No me gusta Lorin,—baluceó Daniel.

—¡Pardiez! no me gusta mucho más que á ti. Habría querido permanecer allí para adivinar qué es lo que tiene á su mujer tan descaecida... Volvemos, ¿verdad?

—¡Oh! sí.

Emprendieron el camino á pie. Jorge reflexionaba, y, á cada momento desconocidas sensaciones hacíanle subir á la cabeza rápida y cálida sangre; abandonábase á una especie de tierna ilusión, del todo nueva para él. Daniel, sombrío y presuroso, andaba con la cabeza baja, ganoso de encontrarse solo.

Cuando subió á su habitación, sentóse y prorrumpió en sollozos. Temblaba y acusábase de haber vuelto sobrado tarde. De sobra conocía que la falta no se había cometido aún, mas no sabía ya qué partido tomar para reaccionar sin pérdida de momento y hasta con violencia. Las palabras de la muerta acudíanle sin cesar á la memoria. «Cuando llegue usted á ser hombre,—le había dicho,—acuérdesese de mis palabras: le repetirán á usted lo

que una mujer puede sufrir... Sé cuán peligrosa es la soledad y cuánta energía es necesaria para no caer.» Y hé aquí que Juana, en su soledad, se hallaba falta de energía, y se veía amenazada de caer.

Daniel había ya sufrido demasiado para seguir engañándose á sí mismo. Comprendía que su amor le mordía nuevamente las entrañas, y tan sólo por pudor, por cobardía, no lo publicaba en voz alta. En el Mesnil-Rouge, le había sorprendido una crisis semejante, durante una obscura noche y azotado por fría lluvia. Entonces, en un acceso de celoso furor, quería arrancar á Juana del poder de Lorin. Hoy buscaba los medios de detenerla contra sí misma, de impedirle que se entregara á un amante, y Daniel sentía que agonizaba con los mismos gritos de desesperación y de sufrimiento.

Para engañarse á sí mismo, salía con el pretexto de su misión; según él, cumplía una obligación sagrada. Esta vez, tratábase del honor de la joven, de su serenidad altiva ó de sus remordimientos. La lucha no había sido jamás ni tan ruda ni tan decisiva.

Acto seguido, reíase de conmiseración, puesto que se confesaba engañarse á sí mismo, y que tan sólo su amor era lo que le impulsaba por tal manera á querer la felicidad de Juana. Veíase sin disfraz. El honrado guardián habíase convertido en amante apasionado, que tan sólo velaba por celos sobre la mujer que se le había confiado.

Y se apretaba la frente con las manos, gemía,

y buscaba con angustia salvarla y salvarse á sí propio.

Después, como no diese con medio alguno, tomó una hoja de papel y se puso á escribir á la joven. Las lágrimas se secaron en sus mejillas, toda la fiebre le había pasado á la mano, que corría con rapidez.

Por espacio de dos horas no levantó la cabeza y alivió su alma. Era su carta un arranque de amor, una oleada de ternura que rompía los obstáculos y que se extendía sin límites. Todos los afectos, todas las adoraciones reunidas encontraron su salida en aquella confesión. Aquel desgraciado dejóse llevar hasta decirlo todo; entregábase á la fuerza interior que le impulsaba, y desahogaba su corazón, porque la respiración le faltaba y necesitaba aire.

Cuando se sintió más tranquilo, dejó la pluma. Ni siquiera volvió á leer lo que acababa de escribir. Había evitado darse á conocer con claridad, y no puso su firma.

Al día siguiente hizo entregar la carta á Juana. Ignoraba el efecto que produciría. Esperaba.

XII

Daniel escribía á Juana:

«Perdóneme usted, no puedo callarme, fuerza es que desahogue mi corazón. Usted no me conocerá nunca. Esta es la confesión de un desconocido que se siente cobarde, que no tiene valor para amar á usted sin decírselo.

»No pido nada, lo único que deseo es que lea usted esta carta, á fin de que sepa que existe, en la obscuridad, un hombre postrado de rodillas, que llora cuando usted llora. Las lágrimas son más dulces cuando se hallan compartidas. Yo que sollozo solo, sé cuán ruda es la soledad para los corazones doloridos.

»No quiero ser consolado, consiento en vivir en mi amargura; mas yo querría hacer de la existencia de usted una felicidad suprema y darle á usted la paz de los amores generosos.

»Y escribo á usted para decirle que la amo, que no está usted sola y que no hay para que desesperar.